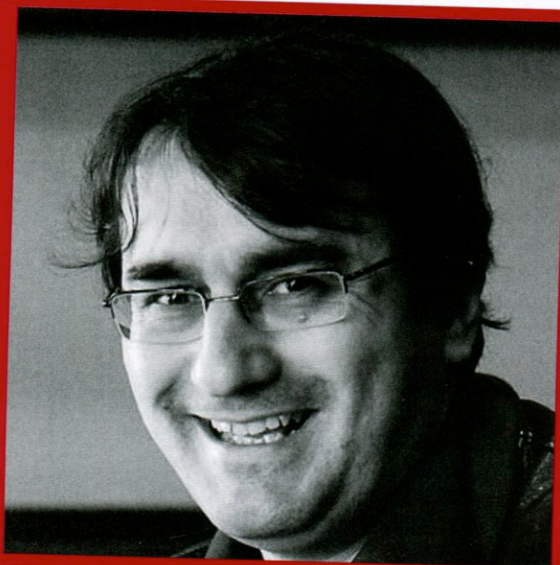


Sueño con una “casa de los exilios y de las migraciones”



RICARDO TEJADA
Université du Maine, Le Mans,
Francia

Sueño con una “Casa de los exilios y de las migraciones”, un lugar en la que el exiliado, el inmigrante, el que se fue de España, el que llegó o ha llegado a España ocupe de una vez por todas un lugar central, en el que el exilio haga mella y se haga un hueco. Todo museo es de cosas sedentarias: cuadros que se cuelgan, estatuas que se erigen. El museo es el lugar que la modernidad ha elegido y ha ido configurando como espacio o recipiente de su memoria, de lo que deja rastro, bien en las artes, bien en las ciencias. El exilio, por el contrario, no deja apenas rastro, se desperdiga, se asimila, se difunde, se volatiliza. Lo olvidan los países de acogida; lo ningunean los herederos de los que lo generaron. Si hay algo que tiende a borrar el tiempo es el paso quedado del exiliado. La modernidad exuda exilios y los exilios toman rumbos anacrónicos, intempestivos, a contrapelo. La misma existencia de los exilios denuncia el camino exultante de la modernidad en pos de un (supuesto) mayor progreso.

Si bien tendría que tener una sala de exposiciones, no la veo, en absoluto, como un museo. Veo la “Casa de los exilios” como una casa, o mejor, como una tienda de campaña, una jaima, que sea acogedora, hospitalaria, no sólo para los estudiosos de los fenómenos migratorios, en su sentido amplio, que trabajarán en él, puntual o permanentemente, para los interesados y curiosos, sino, también, para los propios exiliados e inmigrantes que viven en España, aquellos que tuvieron que marcharse de este país por razones económicas, pero no sólo, y volvieron, así como aquellos familiares del exilio republicano. Todos estos tendrían que sentirse a gusto en aquella casa imposible en que siempre soñaron. El antiguo exiliado, el hijo o nieto de exiliados, aprendería más de su historia colectiva, podría contemplar exposiciones que hablasen de sus vidas e intervenir en debates o conferencias.

Pero esa “Casa de los exilios” sería algo castizo, un solar, por así decirlo, si se redujese a eso, a los compatriotas españoles. Tomás Segovia dijo del nómada que “la fuerza que ha abrazado es tener siempre sus casas recorridas por el viento” que “nacido en los caminos, su destello es saber que todos han venido sin saberlo de otro sitio, que donde ponen su origen es allá donde empieza su ignorancia”. Y Francisco Javier Irazoki dice en otro poema: “Defenderé la casa de mi padre abriendo una brecha en el tejado; por allí gotearán los idiomas y músicas venidos de tierras desconocidas o remotas”.

Es por eso por lo que la “Casa de los exilios” tendría que abrirse a los exilios del Cono Sur Americano, tan importantes desde la época de la transición, a los exiliados cubanos, incomprendidos en España y tan diversos, a los exiliados saharauís, pueblo tenaz en la defensa de su dignidad, a los exiliados e inmigrantes de la Guinea Ecuatorial, pueblo tan descuidado y olvidado en nuestro país, a los inmigrantes de la Europa del Este, de Ecuador, de Centroamérica, del Magreb, del África negra.

La “Casa” tendría que ser un centro en el que se investiguen los exilios y migraciones pasadas, en España y en otros países, en el que se organicen regularmente congresos, jornadas, simposios, conferencias puntuales, en donde los grandes expertos sobre estas cuestiones, pero no sólo ellos, también filósofos, artistas, científicos, políticos y sindicalistas, puedan discutir e intercambiar informaciones y pareceres sobre estas cuestiones que estarán, a no dudarlo, en el centro del debate de nuestras sociedades durante este siglo XXI.

Veo también la “Casa de los exilios y de las migraciones” como una entidad mixta, en la que se concilie la investigación, la preservación y la difusión cultural porque en este siglo XXI no podemos vivir en compartimentos estancos, porque la Universidad debe abrirse al mundo, a la calle, ojo, no sólo a las empresas; y es que la sensibilización cultural, cívica, debe ir de la mano del trabajo académico más riguroso y científico posible, por cierto tan poco presente de los medios de comunicación españoles.

Concibo esta “Casa” con una biblioteca que centralice o mejor, coordine, esfuerzos parciales que no por importantes, tienen intereses locales. Concibo esta “Casa” con un salón de actos, un bar-restaurante y una tienda, pero también con una serie de locales en los que el tejido asociativo relacionado con estos temas pueda crecer y afianzarse, como unos plantones en un hermoso invernadero. En fin, concibo esta “Casa” como un lugar de encuentro, con una dirección colegiada, completamente independiente de los partidos políticos y con unos recursos diversificados y unos apoyos institucionales que le den una permanencia en el tiempo.

Esta “Casa” que vive, hoy por hoy, en mis sueños, pero que quisiera que viviese, bajo otras formas, a ser posible, en el sueño de otras personas, tendría que estar abierta a la cuestión ecológica, pues, desgraciadamente, muchos de los nuevos refugiados, y más aún de los futuros, son refugiados ambientales. Tendría que estar abierta a la cuestión de la mujer, al feminismo, pues de todos es sabido que en todo exilio o migración el papel de las mujeres es fundamental.

Esta “Casa” tendría que impulsar, como uno de sus objetivos fundamentales, por no decir el principal, un trabajo de dignificación del exilio republicano español, no sólo de sus actores principales, no sólo de sus participantes anónimos, sino también de sus obras colectivas realizadas, de los innumerables hombres y mujeres de otros países que ayudaron a los exiliados y de los que la ciudadanía no sabe apenas nada pues ni siquiera tienen un nombre en las calles de nuestros pueblos y ciudades, cuando lo merecen tanto. Esa “Casa” debería también trabajar e interesarse por otros exilios incluso más importantes que el exilio republicano español, por la diáspora judía, armenia, por los exilios alemán, austriaco, ruso, bielorruso y ucraniano, etc.

Creo que sería fundamental hacer partícipes de este proyecto a ACNUR, a las diferentes ONGs que trabajan en estos temas, CEAR, a Amnistía Internacional, a personalidades de relieve, a los departamentos de Filosofía, Sociología, Ciencias Políticas, de las Universidades, el GECIM de Valencia, etc. No habría que olvidar tampoco, en un segundo o tercer momento, a las diferentes embajadas y los gobiernos autónomos y, por qué no, al gobierno de la nación.

Instituciones valiosísimas, como la Casa de España en México, luego Colegio de México, demuestran que —como ha dicho recientemente Javier Garcíadiego— una “institución es tanto más valiosa cuanto con más rigor e imaginación acierte su proyecto originario; que la calidad de las instituciones no está relacionada con su magnitud ni con su riqueza; que es imprescindible hacer los cambios que se vayan requiriendo, y que, cuando se conjugan la inteligencia, la disciplina y una voluntad clara y firme, no hay obstáculo que las venza”.

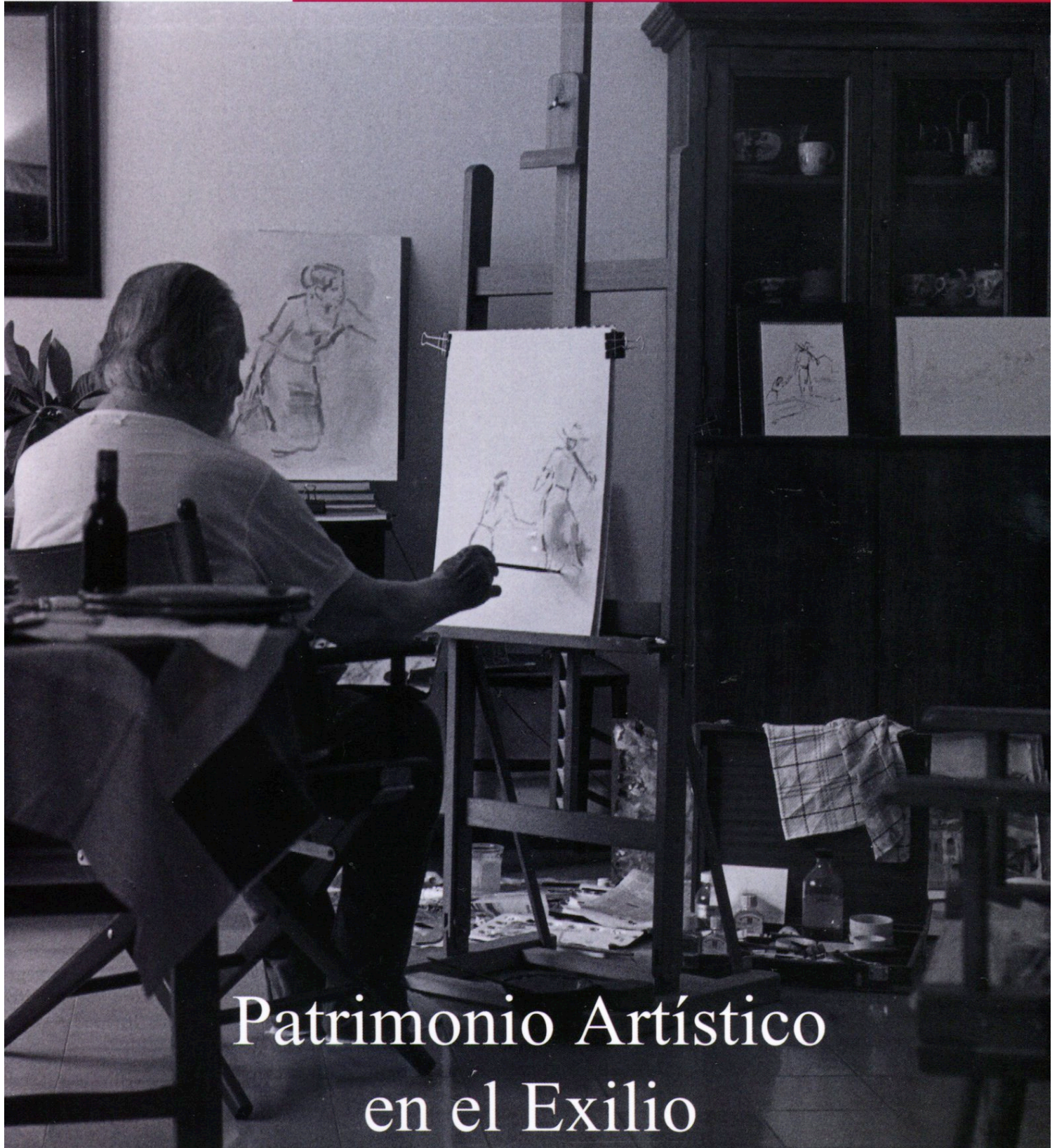
Sueño que otros sueñen, sueño que otros compartan mi sueño para que así nunca llegue a ser “mi” sueño, sueño con un sueño invencible, que se haga realidad algún día en un país improbable llamado España, madrastra de tantos desterrados, y también, ojalá, tal vez, abrigo futuro del peregrino. ■

RdM

9 • año 2017 • España 15 euros

Revista de Museología

Revista científica al servicio de la comunidad museológica



Patrimonio Artístico
en el Exilio